

LOS APARECIDOS, por *Luis Roberto Boza*.

Luis Roberto Boza es también un aparecido. Ausente de la literatura activa desde hace varios años, su vuelta nos llena de sorpresa. Suponíamos que no escribiría ya más. Luis Roberto Boza pertenece a una generación de escritores que, en su casi totalidad, han enmudecido, abandonando las labores literarias aunque no las aficiones. El cambio brusco de los valores literarios, sobrevenido en pleno crecimiento del modernismo en Chile, y el advenimiento de una generación más ambiciosa, más enérgica y más trabajadora, casi industrializada, los desplazó, o se retiraron voluntariamente, dando por terminada la carrera que empezaron precozmente y con bríos.

Empieza este volumen (1) con el cuento *Los aparecidos*, premiado, según reza una nota, en el primer concurso literario de *La Nación*, de Santiago. Es decir, que desde entonces acá, este autor no ha producido nada más ni nada mejor que lo que acompaña, en el presente volumen, a dicho cuento. Muy poco es. Sin embargo, con ser poco, es interesante, interesante no tanto como labor literaria, sino como representación de un modo literario que ha desaparecido completamente de nuestras letras.

En efecto, en las páginas de *Los aparecidos* no se encuentra ninguna imagen absurda o violenta, de esas tan al gusto de hoy. Las que hay

(1) Empresa Letras. Colección de Autores Chilenos. Santiago, 1932.

son serias, sobrias, equilibradas lógicamente y no aparecen sino cuando hay necesidad de que aparezcan. Luis Roberto Boza piensa, y en eso tiene razón, que la imagen no es cosa que se deba prodigar demasiado. Desgraciada una obra que quiera valer por sus imágenes, es decir, por sus adornos. La imagen no es la literatura, sino un modo de matizarla, de alivianarla, de embellecerla. Desde este punto de vista, aunque las imágenes de Luis Roberto Boza no sean de las mejores, merece este autor nuestra adhesión.

Otro aspecto curioso de sus cuentos reside en el hecho de que en los dos cuentos en que la narración está hecha en primera persona, los personajes son artistas. En *Los ojos color de café* el personaje es un escritor:

En una mañana, ¡oh cielos! la hallo en mi cuarto curioseando, con febril avidez mis manuscritos, leyendo trabajosamente—apenas si sabe deletrear—las cuartillas de una novela romántica que yo escribo en las horas nocturnas, hasta el amanecer.

En *La jaguareza* dice:

Me despedí con el propósito de no volver nunca. Pero... en la tarde llegaba de nuevo, con mis libros, dibujos y tanagras, dispuesto a instalarme en uno de sus soleados cuartos. Allí puse mi caballete; arreglé mi bohardilla con mis telas y mi Venus Afrodita floreciendo en el maremagnum de papeles, novelas trucas y versos simbolistas.

El personaje es también un artista, pintor o escritor, no sabemos bien, pues echa la culpa de sus desatinos a la literatura:

—¡Ah, el pus de tus literaturas!— me dije con rabia; y lento, agobiado por no sé qué culpas, vagué por las calles, me sumí en el fango de los prostíbulos.

Hoy no se encontrará en Chile, entre los escritores de la nueva generación, ninguno que aparezca, en un cuento propio, narrado en primera persona, como escritor o pintor, ni ninguno que escriba en estos términos:

¿Ojos de Astarté, divinizados por los fenicios? ¿O de Venus Istar, por los babilonios? ¿O los inexcrutables de la Esfinge de Thebas?

Eso esta pasado de moda. Se puede aparecer como marinero o como aviador, pero jamás como escritor o como pintor, hablando de Rubén Darío o Amado Nervo... Fuera de este tono semi-romántico y semi-modernista, que hace aparecer al libro como escrito hace veinte años, los cuentos de Luis Roberto Boza que aparecen en este volumen, interesan, tienen notas fuertes, acertadas. Llegan a dar la sensación que el autor persigue. Un tono de tristeza, muy propio de aquella época de amargura, de tedio, acompaña a los cuentos.—*M. R.*

CARTUCHO. (Relatos de la lucha en el norte de México), por *Nellie Campobello*.

Si Panait Istrati comenzó sus tareas literarias en plena madurez física, y se instaló de un salto en los escaparates de la notoriedad mundial, esta Nellie Campobello, salida apenas de la pubertad, asombrará

a los países de habla castellana con su «Cartucho» (1), en que Pancho Villa y sus generalotes viven y luchan como hombres, y toda una región de México aparece envuelta en la neblina de las balas revolucionarias.

Como si ignorase las fuertes virtudes evocadoras de su pluma, temerosa de sus pretensiones literarias, la autora de «Cartucho» nos va contando, con sencillez maravillosa, lo que vieran sus ojos de niña sorprendida.

No ha querido hacer literatura, y eso mismo ha hecho de sus relatos piezas admirables, llenas de gracia y de sinceridad. Acaso ignora que tiene un gran talento literario, y un fuerte poder de síntesis para fijar escenas y personajes.

Libro el suyo de simples narraciones, tiene cada una la estructura del cuento, y acaso haya en más de alguna la fuente de una novela futura.

Nellie Campobello es dueña de un estilo muy personal, lleno de colorido y de aciertos de lenguaje, y apenas si tiene su libro una que otra vacilación narrativa.

Queremos copiar la página que ella intitula «Elías»:

«Alto, color de canela, pelo castaño, ojos verdes, dos colmillos de oro». Se los habían tirado en un combate cuando se estaba riendo». Gritaba mucho cuando andaba a caballo, era que casi siempre se emborrachaba con «sotol». ¡Viva Elías Acosta!, gritaban las gentes cuando él pasaba por las calles de la Segunda del Rayo. Elías era el tipo del hombre bello, usaba

(1) Ediciones «Integrales». México, 1931.